

NOTAS A CARTAS DE VALERA CON ESCRITORES
HISPANOAMERICANOS (1892-1899)

El epistolario de Juan Valera es, sin duda, uno de los más importantes de la literatura española y, con el de Menéndez Pelayo, el más relevante de nuestro siglo XIX. Se cuentan ya por millares las cartas que conocemos del novelista. A las mil setecientas trece que doña María José Suay Navarro referenciaría y resumiera en 1984 en su *Bibliografía y cronología del epistolario de Juan Valera*¹, se han rescatado del olvido las investigaciones de los profesores Cyrus C. DeCoster, Matilde Galera y Leonardo Romero Tobar principalmente.

Es harto conocida su correspondencia familiar o la que mantuvo con Menéndez Pelayo, Serafín Estébanez Calderón, Juan Moreno Güeto, Francisco Moreno Ruiz, Gumersindo Laverde, Narciso Campillo, Tamayo y Baus o Manuel Cañete; pero Valera también cruzó misivas con otros personajes célebres, como Ferrer del Río, Pedro Antonio de Alarcón, "Clarín", Narcís Oller o Benito Pérez Galdós².

¹ Este enjundioso estudio, de 772 p. en 2 v., fue presentado por su autora como memoria de licenciatura en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Quiero agradecer a la señora Suay Navarro que me permitiera consultar ese trabajo y otros materiales de su biblioteca, así como la ayuda que tan generosamente me ha prestado para realizar esta investigación.

² Para más detalles, ver el estudio de **María José Suay Navarro**, antes citado, y **Cyrus C. DeCoster**. *Bibliografía crítica de Juan Valera*. Madrid : C.S.I.C., 1970, p. 115-118.

Mantuvo, asimismo, comunicación epistolar con escritores hispanoamericanos, que se produjo en buena medida como consecuencia de la publicación de sus *Cartas americanas*. Desde su aparición en 1888 en “Los Lunes de *El Imparcial*”, las *Cartas* tuvieron un eco tal que fueron reproducidas en muchos periódicos de la América hispanohablante y muy pronto recogidas en libro. “Recibo de continuo libros y cartas de todos los puntos de América -dice a Menéndez Pelayo el 7 de setiembre de 1889-, donde surten excelente efecto las *Cartas americanas*”³. Sin embargo, no sabemos en realidad a cuantas cartas contestó de aquéllas que recibiera. Recuperamos ahora seis dirigidas a escritores hispanoamericanos: dos a Ricardo Palma, una a Máximo Soto Hall y tres a Rubén Darío. Todas ellas han sido publicadas con anterioridad, algunas incluso varias veces; sin embargo, y por paradójico que parezca, no son muy conocidas.

En 1889 Valera había dedicado un artículo a las *Tradiciones peruanas* (1872-1883), de Ricardo Palma, en *La España Moderna* (XII, diciembre 1889, p. 158-165), luego incluido en sus *Nuevas cartas americanas* (p. 179-187). El año anterior nuestro novelista había sido nombrado secretario de una Comisión creada al efecto de preparar las fiestas en conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América y aun dirigió una revista amparada por el Estado, que se publi-

³ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905)*. / Edición de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sainz Rodríguez. Madrid : Espasa-Calpe, 1946, p. 428. A la “primera serie” de *Cartas americanas* (Madrid : Fuentes y Capdeville, 1889) siguió una segunda recopilación de *Nuevas cartas americanas* (Madrid : Fe, 1890), que habían aparecido con anterioridad también en *El Imparcial* 1888-1889) y en *La España Moderna* (1889-1890). Sobre el éxito de las *Cartas* hay abundantes referencias en su epistolario; por ejemplo, el 22 de julio le dice a su mujer que se publican en todos los periódicos de América (Cyrus C. DeCoster. *Correspondencia de don Juan Valera (1895-1905)*. Madrid : Castalia, 1956, p. 155-157) y a Menéndez Pelayo, cinco días después, que “hacen efecto en América y los periódicos de por allá las copian y aun contestan a ellas con largos artículos” (*Ver Epistolario*, p. 416).

có a partir de enero de 1892 con la cabecera de *El Centenario*⁴. Cuando Ricardo Palma vino a España con motivo de dicho Centenario, como Rubén Darío y tantos otros intelectuales hispanoamericanos, acudió a visitar al novelista español. En su primera carta enviada al escritor peruano, el 28 de octubre de 1892, Valera lamenta no haber podido recibirle a causa de una “importuna enfermedad” y le ruega que repita la visita.

Palma asistió a alguna de las tertulias que Valera celebraba en su casa de la Cuesta de Santo Domingo, según se obtiene del capítulo dedicado a “Los sábados de don Juan Valera” en sus *Recuerdos de España*, precisamente el mismo libro del que acusa recibo nuestro novelista en su segunda carta al peruano: “Valera recibía los sábados a sus amigos. Su tertulia principiaba entre nueve y diez de la noche, concluyendo a las dos de la mañana. Los escritores americanos que por delegación de sus respectivos gobiernos nos hallábamos a la sazón en Madrid éramos solícitamente invitados”⁵.

⁴ En sus cartas de 1891 Valera la llama *Crónica del Centenario*; luego será denominada simplemente *El Centenario*. Ver **Valera, Juan**. *Cartas íntimas (1853-1897)* / Ed. Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti. Madrid : Taurus, 1974, p. 345-346 (carta a su hermana Sofía, de 12 de abril de 1888), y *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 430-435, 438-446 y 449. Desde 1887 Valera proyecta con su amigo Menéndez Pelayo la creación de una revista “con criterio español muy amplio, pero racional y sistemático” (en palabras del polígrafo santanderino); aún hablan de ella en 1890. En un primer momento pudiera confundirse con *El Centenario*, pero lo que Valera escribe en 1891 nos saca de toda duda: “Aquello que habíamos proyectado de la *Revista crítico-bibliográfica* temo que se quede en proyecto”. Esto dice mientras *El Centenario* sale adelante, y el editor Fe, con quien suele publicar el novelista egabrense, no se decide a correr el riesgo de publicar la *Revista crítico-bibliográfica*, porque no confía en su éxito. (Ver *Epistolario*, p. 405-407, 429 y 436).

⁵ *Recuerdos de España*. Buenos Aires : J. Peuser, 1897, p. 143-151. La cita es de la p. 144. En 1894 Palma dudaba de publicar este libro, según escribe el 12 de marzo a Darío desde Lima: “Me intimidan para su publicación dos razones: primera, que el libro es demasiado personal, si bien a nadie zahiero en él, salvo ligerísimos pullazos a la Academia y sus intransigencias para con los neologismos que empleamos los americanos; y, segunda, que en ese libro campea

Probablemente la primera noticia que hay de estas tertulias se halle en el propio epistolario valerino⁶. En la biografía de Carmen Bravo-Villasante se lee que en un principio “su tertulia clandestina como él dice”⁷ estaba restringida a un pequeño núcleo de cinco amigos. Resulta curioso que casi sean los mismos que acudieron el 27 de agosto de 1892, tal como le cuenta a Menéndez Pelayo dos días después, precisamente en la misma carta en la que le comunica que Rubén Darío está ya en España, aunque todavía no le haya visto. Si tan poca gente va a su tertulia, que tiene entonces una tradición de cuatro años, el motivo no es otro que el verano: “Madrid va quedando, o ha quedado ya, huérfano de *high life*”. Por eso supone que Rubén “andaré viendo ciudades y aún no habrá venido a Madrid, pues hubiera acudido a verme en mi casa o yo, que le he buscado por las fondas, hubiera dado ya con él”. Tan sólo tres semanas después, el 17 de setiembre, su tertulia parece más concurrida: “Anoche, por ser sábado, tuve aquí mi pequeño aquelarre literario. Acudieron a él P. Alcalá Galiano, Narciso Campillo, Correa, Miguel de los Santos Alvarez, mi primo Joaquín, si no por literato por pariente; Salvador Rueda y dos *chichitos*: el delegado del Ecuador en la Exposición, que es un majadero benigno, y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día”⁸.

mucho el yo, la personalidad del autor, lo cual es un grave escollo, pues producciones de ese carácter se consideran, generalmente, como fruto de la vanidad” (Pinto Gamboa, Willy. *Epistolario de Rubén Darío con escritores peruanos*. Lima : Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Universidad de Chile, 1967, p. 46-47. Repertorio Bibliográfico de la Literatura Latino-Americana”, serie B, 2).

⁶ El 4 de junio de 1888 le habla a su hermana Sofía de las veladas literarias que da en su casa, donde Zorrilla, Manuel del Palacio y Campoamor leen versos (*Cartas íntimas*, p. 350-351).

⁷ No indica, en cambio, dónde dice eso Valera. **Bravo Villasante, Carmen**. *Vida de Juan Valera*. Madrid : Magisterio Español, 1974, p. 266.

⁸ Ver *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 442 y 445. El delegado de Ecuador era Leónidas Pallarés Arteta, de cuyos versos dice Valera en la misma carta del 18 de setiembre, contraponiéndolos

Rubén Darío demuestra su admiración por don Juan años antes de conocerle. En un artículo publicado en *El Imparcial* de Managua en 1886 le llama “el fray Luis de Granada de los tiempos modernos” y lo describe de la manera siguiente: “Atildado y correcto, es uno de los que mayor lustre dan a la Real Academia de la Lengua, y sus obras son tenidas como maestras y modelos de elocución”⁹. A su vez, Valera sabe del poeta nicaragüense desde 1888, cuando su primo Antonio Alcalá Galiano, cónsul de España en Valparaíso, le manda un ejemplar de *Azul...* por encargo de Rubén. En seguida el novelista egabrense le dedicará dos de sus *Cartas americanas*, que aparecen en *El Imparcial* de 22 y 29 de octubre de ese mismo año. Lo cuenta el propio Rubén en las notas que agregó a la segunda edición de *Azul...* (Guatemala : La Unión, 1890), precisamente la misma a la que antepuso las *cartas* de don Juan como prólogo (p. III-XXXIV), reproducido en muchas ediciones posteriores (no así las notas de Rubén, que desaparecerán).

“Uno de mis mejores amigos -recuerda Rubén en su *Autobiografía* (p. 58-59)- fue don Juan Valera (...). Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa, era la del más selecto espíritu español de su tiempo: la del “tesorero de la lengua castellana”, como le ha llamado el conde las Navas, una de las

a los del nicaragüense, que “son una décimaquinta dilución de Bécquer en quinta tontería” (p. 446-447). En *Este otro Rubén Darío*. (Madrid : Aguilar, 1968, p. 185-186) Antonio Oliver Belmás identifica al *chichito* con Pallarés, pero en la p. 124 se equivocaba al decir que “el chichito que con Rubén y Salvador Rueda asistió el 17 de setiembre de 1892 a la tertulia de don Juan Valera” fue el colombiano Isaac Arias Argáez. En este 17 de setiembre, probablemente el primer *sábado* al que asistió Rubén, Valera insistió en que permaneciera en su casa hasta la madrugada, para que conociera a Miguel de los Santos Álvarez. Ver **García Castañeda, Salvador**. *Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892)*. Madrid : S.G.E.L., 1979, p. 62-64 y **Darío, Rubén**. *Autobiografía* (con *Oro de Mallorca*) / Ed. de Antonio Piedra. Madrid : Mondadori, 1990, p. 59-60.

⁹ Citado por **Oliver Belmás, Antonio**. *Este otro Rubén Darío*, p. 502.

más finas amistades que conservo desde entonces”¹⁰. A continuación el poeta se refiere a las tertulias, aunque confunde el día de celebración: “Me invitó don Juan a sus reuniones de los viernes (sic), en donde me hice de excelentes conocimientos: el duque de Almenara Alta, don Narciso Campillo y otros cuantos que ya no recuerdo”.

Valera dedicó uno de sus *sábados* a Rubén. Edelberto Torres, autor de la mejor biografía del poeta nicaragüense¹¹, lo narra con detalle: “En la velada Darío lee “Estival”, uno de los poemas de *Azul...*; el anfitrión lee “La canción de oro”, del mismo libro, y luego Manuel del Palacio, el duque de Almenara Alta, don Narciso Campillo, don José Alcalá Galiano, don Luis Vidart participan en el homenaje leyendo algo propio, y lo mismo hacen los hispanoamericanos don Leónidas Pallarés, delegado del Ecuador, y don Isaac Arias Argáez, de Colombia. Valera lo presenta con términos de encomio al conde de las Navas. La fiesta dura hasta las dos y media de la madrugada, transcurriendo entre versos, prosas y charlas, que según las esperanzas de don Juan han de crear vínculos más íntimos y sólidos entre los pueblos hispanoamericanos y España”. Añade Torres que durante su estancia en Madrid Rubén “no falta a los *sábados*”, y como el nicaragüense regresó a su país el 12 de noviembre de 1892, una vez inaugurada la Exposición

¹⁰ Valera había presentado su dimisión el 23 de julio de 1888 (*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 415-416), pero en enero de 1893 se vio obligado a reingresar por motivos económicos. Ver **Galera Sánchez, Matilde**. *Juan Valera, político*. Córdoba : Diputación Provincial-Ayuntamiento de Cabra, 1983, p. 671 (carta a Francisco Moreno Ruiz, de 22 de diciembre de 1892), y **Bravo-Villasante, Carmen**.

¹¹ **Torres, Edelberto**. *La dramática vida de Rubén Darío*. Costa Rica : Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1980, p. 285-286. Esta prolija y magnífica investigación tiene, en cambio, un par de inconvenientes importantes: las referencias bibliográficas se hacen de manera que resulta incómodo y a veces casi imposible localizar las fichas completas, lo cual se agrava al carácter del volumen de índice onomástico, que tanto facilita en muchas ocasiones las consultas.

histórica americana, pudo acudir como mucho en ocho ocasiones a la Cuesta de Santo Domingo. “Una vez lee versos a la hija de don Juan -prosigue Torres- y a las dos hijas del duque de Rivas, quienes, no es preciso decirlo, saben de memoria los romances de su padre; estas chicas vivarachas juegan bromas a Rubén, que se queda turulato, sin saber corresponderlas; pero ha sido un deleite para él el rato de función didáctica que ha ejercido en las aristocráticas muchachas”. La hija de don Juan es Carmen, que tiene entonces veintitrés años, y las hijas del duque de Rivas no son, desde luego, como presume Torres, las de don Angel Saavedra, que en 1892 no son ya precisamente ni *chicas* ni *muchachas*, por muy *vivarachas* que aún fueran (rondan los sesenta años). Recuérdese que en 1850 Valera coqueteaba con una de ellas, Malvina, a quien denominaba con gracejo la Culebrosa por sus picardías y travesuras, y conocía a sus otras dos hermanas, Corina y Leonor, “culebrosas también”. Rubén trató, sin duda, a las nietas de don Angel, hijas a su vez de su hijo Enrique de Saavedra y Cueto, heredero del título, con una de las cuales, por cierto, se casó en 1898 Luis, el hijo del propio Valera. Es posible incluso que Rubén conociera a las hijas de Corina, marquesa de Aranda, con quien nuestro novelista mantenía un trato muy cordial¹².

Las tertulias se interrumpirán durante su embajada en Viena (1893-1895), desde donde escribirá el 3 de diciembre de 1893 una carta al modernista costarricense Máximo Soto Hall, quien la dio a conocer en la revista *Electra*, de Guatemala, en 1908. Es una carta de gran interés, que ha pasado desapercibida a la crítica hasta ahora¹³.

¹² **Bravo-Villasante, Carmen.** *Vida de Juan Valera*, p. 60. Sobre sus amoríos con Malvina, p. 54-64, y sobre su relación con Corina, ver *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 415-416.

¹³ Va precedida de un párrafo de la redacción de la revista, en el cual se lee lo siguiente: “Entre los varios autógrafos valiosos de literatos eminentes que nuestro estimado amigo y colaborador el inspirado poeta don Máximo Soto Hall conserva en sus archivos, que ha tenido la fineza de poner a nuestra disposición, figura la carta del gallardo escritor don Juan Valera, que en seguida publicamos y que, como

Soto Hall también estuvo en España en 1892 al mismo tiempo que Rubén Darío y tal vez asistiera a alguna de las tertulias de don Juan. Quizás con la esperanza de que nuestro novelista le dedicase alguno de sus artículos *americanos*, le envió el mismo año de su aparición (1893) una de sus primeras obras, *Dijes y bronces*, presentado por un prólogo de Salvador Rueda, que incluía un soneto de Rubén, probablemente de cuando conoció a Soto Hall en Guatemala en 1890, titulado “Máximo Soto Hall”, que a su autor, por cierto, “siempre le pareció muy malo”¹⁴.

Los cuentos del libro parecen bien a Valera, aunque lamentablemente la *galomanía* que revela y eche en falta lo castizo, lo original, que, sin embargo, había notado antes en Rubén, según le había dicho a su amigo Menéndez Pelayo: “Veo en él lo primero que da América a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. (...) tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además, no lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio. (...) en Rubén Darío hay, sobre el mestizo de español y de indio, el extracto, la refinada tintura del *paranasianismo*, del *decaden-*

apreciarán nuestros lectores, es digna de la pluma de aquel crítico esclarecido que tanto lustre dio a las letras españolas. Contamos también con algunos otros escritos originales e inéditos de personajes notables por uno u otro concepto. Iremos publicando tales escritos autógrafos que indudablemente conservarán con agrado nuestros ilustrados lectores. Por ahora cumplimos con expresar nuestros agradecimientos al señor Soto Hall”.

¹⁴ **Soto Hall, Máximo.** *Revelaciones íntimas de Rubén Darío.* Buenos Aires : El Ateneo, 1925, p. 7, 76-77, 188-189 y 191-192. En estas páginas hay también algunas noticias sobre la relación de Valera y Rubén, y cuenta una anécdota del nicaragüense con Menéndez Pelayo, luego recogida por **Torres, Edelberto.** *La dramática vida de Rubén Darío*, p. 286. Ver **Oliver Belmás, Antonio.** *Este otro Rubén Darío*, p. 464.

te y de todo lo novísimo de extranjería, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca, porque está hecho con acierto y buen gusto”¹⁵.

Estas palabras tienen mucho que ver con las dos *cartas americanas* dedicadas a *Azul...* Asimismo guardan relación la carta a Rubén del 9 de diciembre de 1896 y la *carta IV* de la serie de once que Valera publicó en *El Correo Español*, de Buenos Aires, fechada el 20 de diciembre del mismo año y publicada el 26 de febrero de 1897, en la que comentaba *Los raros*. La rareza que repugna a nuestro novelista es la que responde a una *pose*, la que “no es natural, sino rebuscada”, y parece muy próxima a la “idolatría galómana” que tanto repudia. Esta rareza se opone radicalmente a lo que le agradaba en el Rubén de *Azul...*, cuando no veía “afectación ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado”¹⁶. Esta rareza está emparentada con lo que Valera dirá en 1901 en un texto dedicado a Salvador Rueda en “La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX”, recientemente recordado por Ignacio M. Zulueta¹⁷: “Apártese, pues, de los propósitos a que le induce Rubén Darío en el póstico a *En tropel*. Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes de humanas sirenas*, arroje al suelo el yelmo de *acero*, el *broncíneo olifante* y todos los demás trastos que su amigo le regala, y tenga por cierto que entonces, aun sin llegar a ser un *homérida*, tendrá un asiento entre los inmortales de nuestro Parnaso y la república de las letras españolas, la cual quiere y debe conservar su independencia sin someterse a ningún emperador transpirenaico, por florida que tenga la barba”.

¹⁵ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 446-447 (carta de 18 de setiembre de 1892).

¹⁶ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 447.

¹⁷ Ver su ed. de *Prosas profanas y otros poemas*. Madrid : Castalia, 1987, p. 18. El ensayo de Valera se publicó en once entregas en *La Ilustración Española y Americana* (Madrid), entre el 15 de enero y el 22 de setiembre de 1901.

Cuando Valera, en 1897, reseñó *Prosas profanas*, estimaba que era quizá el libro “más original y característico que ha habido en América hasta el presente” y observaba que “el poeta pule, acicala y hermosea muchas de sus composiciones como joyas labradas con amoroso esmero por hábil e inspirado artista”. Sin embargo, le apena la carencia no sólo “de todo ideal trascendente”, sino también de toda huella de “nacionalidad y terruño”¹⁸. Sentimiento semejante al que se obtiene de su carta del 9 de diciembre cuando, refiriéndose a “las prendas de poeta que Vd. posee”, teme que “llegue Vd. a marchitarlas o afeirlas por el prurito de buscar la otra rareza que he hablado”.

No están muy lejos estas palabras de las que había dedicado antes a Soto Hall a propósito de *Dijes y bronces*, cuando desde el comienzo lamenta “que nada nos diga Ud. de su tierra y que casi todo sea de París o como sentido o escritor por un parisiense, aunque en lengua castellana”.

Rubén no hubo de tomar muy a mal las observaciones críticas de su admirado amigo, más bien por el contrario debió agradecer que se tomara el trabajo de reseñar sus libros, porque dio a publicar esta carta en *La Nación*, de Buenos Aires, como había hecho ya con la del 9 de febrero, y una vez publicadas envió los recortes del periódico a quien era entonces presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya, cuya felicitaciones recibió¹⁹. Además, cuando regresó a España en 1899, acudió otra vez a las tertulias de don Juan. Al menos, es notorio que fue invitado a ellas y con cierta insistencia (“De esperar es que *al fin* pueda Ud. venir el sábado próximo”), según testimonia la tercera carta recogida en el apéndice, que debe ser de febrero, marzo o, a lo más tardar, de noviembre de

¹⁸ Citado por Zulueta, ob. cit. de *Prosas profanas*, p. 52. La reseña de Valera es la VIII de sus cartas a *El Correo Español*, de Buenos Aires, fechada el 20 de junio de 1897.

¹⁹ Santos Zelaya se sintió tan orgulloso de que Valera se ocupase de su compatriota que manifestó a Rubén su intención de publicar las cartas en Nicaragua, para que “se reconozcan los honrosos conceptos que usted se merece siempre y que acreditan a nuestra patria”. Ver **Torres, Edelberto**. *La dramática vida de Rubén Darío*, p. 375-376.

1899, únicos meses de aquel año en que el día 12 cayó en domingo²⁰.

A los cuentos de *Dijes y bronces*, de Soto Hall, acompañaban unas semblanzas de escritores decimonónicos españoles, de las cuales, pese a no estar siempre conforme, juzga Valera con la benevolencia que caracteriza su crítica. Pero también aprovecha para revolverse contra lo que denomina “el conato criminal de querer introducir a doña Emilia en la Academia Española”. Aún estaba reciente lo acontecido dos años atrás, cuando estalló la polémica suscitada por la pretensión de la novelista gallega de entrar en la Academia. En carta a Morel Fatio de 29 de junio de 1891 el novelista comentaba esta polémica y anunciaba la redacción de un folleto que firmaría bajo seudónimo. Sin duda, en esa fecha el folleto estaba ya redactado y tal vez en vías de impresión, porque el 11 de julio anuncia a Menéndez Pelayo el envío de un par de ejemplares de *Las mujeres y las Academias. Cuestión social inocente por Eleuterio Filogyo* (Madrid : Fe, 1891), uno para él y otro para que se lo haga llegar a Amós Escalante; una semana después se lo envía también al hispanista francés²¹. Carmen Bravo-Villasante estima que el folleto tuvo mucho que ver con que se frustrasen las tentativas de la Pardo Bazán y con la publicación de las dos cartas dirigidas a Gertrudis Gómez de Avellaneda sobre “La cuestión académica” en *El Correo Catalán*²². En todo caso,

²⁰ Suay Navarro data esta carta en 1892, pero sólo hubiera podido ser del 12 de junio, porque ningún otro día 12 de aquel año cayó en domingo, y en aquella fecha aún no había visto Valera a Rubén, ni siquiera había podido localizarlo, según demuestra la carta a Menéndez Pelayo del 29 de agosto antes citada (*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 445). Parece poco probable que en esas circunstancias Valera invitase al nicaragüense a una tertulia, y mucho menos que Darío le hubiese escrito ya solicitándole un libro, tal como se desprende de la breve carta de la que hablamos.

²¹ **Lemartinel, J.** *Lettres inédites de Juan Valera à Morel Fatio // Bulletin Hispanique* LXXIV (1972) 458-460, y *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 430.

²² *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid : Revista de Occidente, 1962, 160-162.

muy pronto hizo ella saber que le había indignado profundamente, porque ya el 28 de julio Valera se ve en la necesidad de justificar privadamente a Menéndez Pelayo la redacción del folleto²³.

Hay entre Valera y doña Emilia cierta tensión desde hace años, y no sólo por asuntos literarios (como el naturalismo o la novela rusa); pero a la vez hay mutuo respeto, si bien no demasiada consideración, al menos en la intimidad de la correspondencia respectiva. En 1882 ella no ahorra ironías en carta a Menéndez Pelayo: “¿Qué me dice Ud. de su amigo Valera? ¿Qué se hace? Mucho lo echará Ud. de menos para el estudio y la colaboración científica, porque aunque Ud. se llevaría la parte del león en el trabajo, un socio así, tan espiritual (éste sí que es galicismo) no se encuentra a dos por tres”. Por su parte, Valera doce años más tarde, dirigiéndose al mismo corresponsal, habla de “la última novela del morcón de doña Emilia”²⁴. Un mes antes informa a don Marcelino que la ha leído en *La España Moderna*: “El diablo de la mujer tiene singular y muy raro talento; su espíritu es una máquina fotográfica que afea las cosas en vez de herosearlas. Aquello es la verdad, pero ¿qué verdad? lo soez, lo vulgar, lo villano y lo sucio, no superficial y alegremente pintado para hacer reír, sino pintado con delectación morosa y dispuesto de manera que se combine con lo trágico y lo pesimista”. Pese a todo, reconoce su valía: “Creo que -dentro de esta perversión del

²³ “Aunque ahonde yo mucho en lo íntimo de mi conciencia, aseguro a usted que no veo que, al escribirle, se moviese el más imperceptible prurito de contrariar o de vejar a Doña Emilia, sino la firme convicción de la disparatada *cursilonería* de que trajésemos a Doña Emilia a pedantear entre nosotros, sentada, *v. gr.*, entre Commerlerán y Fabié. Y no sería esto lo peor, sino la turba de candidatos que no saldrían luego. Tendríamos a Carolina Coronado, a la Baronesa de Wilson, a Doña Pilar Sinués y a Doña Robustiana Armiño. Por poco que abriésemos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre” (*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 434).

²⁴ Probablemente se refiere a *Doña Milagros*. **Bravo-Villasante, Carmen.** *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, p. 76, y *Vida de Juan Valera*, p. 277.

gusto, del sentido moral y de la teodicea: doña Emilia es toda una novelista”.

Por lo general su actitud, aunque no evite la discrepancia, es a menudo de reconocimiento. Hay noticia, además, de la correspondencia que mantuvieron entre sí y de los tintes de cordialidad que adquirió la relación en los últimos años²⁵.

En la carta del 9 de febrero de 1896, que rebosa buen humor a pesar del “grandísimo bajón” que ha experimentado el novelista, habla a Rubén de las tertulias de doña Emilia, a alguna de las cuales había asistido el poeta nicaragüense cuatro años atrás²⁶. En aquella casa conoció a Castelar, que entonces le invitó por mediación de Campoamor a uno de esos almuerzos²⁷ como los que Valera dice, en la mencionada carta al propio Darío, que seguían celebrándose en 1896. En su segundo viaje a España (1899) volvería a las tertulias de doña Emilia, donde se reencontraría precisamente con el propio Valera, según recuerda en su *Autobiografía* (p. 102): “Allí solía aparecer, ya ciego, pero siempre lleno de distinción, anciano impoluto y aristocrático, el autor de *Pepita Jiménez*”.

En la primera carta a Rubén y en la segunda a Palma encontramos de nuevo referencias a las tertulias de Valera, que se reanudaron a su regreso de Viena. Al nicaragüense le dice que ahora son “más modestas y con menos concurrencia de gen-

²⁵ Ver *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 295, 314, 344, 351, 361, 371-372, 385, 444 y 479, y Bravo-Villasante, Carmen. *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, p. 259-260, y *Vida de Juan Valera*, p. 290-291. La opinión de don Marcelino no era, en cambio, tan benévola, pese a reconocerle méritos literarios (*Epistolario*, p. 317, 338-339, 368 y 375).

²⁶ Ver *Autobiografía*, p. 60-61. En un breve mensaje escrito en 1892 Rubén se excusaba con Ricardo Palma por no haber acudido a una cita que tenía con él “para ir a casa de doña Emilia”. Ver Pinto Gamboa, Willy. *Epistolario de Rubén Darío*, p. 53. Ver también p. 102-103 y Torres, Edelberto. *La dramática vida de Rubén Darío*, p. 283-284, 304-305 y 434-435.

²⁷ Rubén lo relató en una de sus crónicas en *La Nación*, de Buenos Aires: “Un almuerzo con Castelar. Ante el Apóstol. El Orador y el artista. Apuntes íntimos”, escrito el 6 de noviembre de 1892 y publicado el 5 de diciembre. Ver su *Autobiografía*, p. 56-57, y Torres, Edelberto. *La dramática vida de Rubén Darío*, p. 282 y 304-305.

te que como Ud. las conoció”, y hace un repaso de los personajes que acuden: Narciso Campillo, el conde de las Navas, Emilio Ferrari, Manuel del Palacio, Menéndez Pelayo, Luis Vidart “y otros”. Quizá porque no recuerda a quiénes le presentara en 1892, Valera apunta detrás de cada nombre una frase definitoria y en ocasiones valorativa. En su *Autobiografía* (p. 58-59), después de haber destacado la *fina* amistad que conservaba desde entonces con el conde las Navas, Rubén recuerda a otros dos tertulianos asiduos: “El duque de Almenara era un noble de letras, buen gustador de clásicas páginas y, por su parte, dejó algunas amenas y plausibles. Campillo, que era catedrático y hombre aferrado a sus tradicionales principios, tuvo por mí simpatías, a pesar de mis demostraciones revolucionarias. Era conservador de arranque y ocurrencias graciosísimas y contaba con especial donaire cuentos picantes y verdes”.

Valera alude también a los invitados hispanoamericanos: el colombiano Restrepo y el novelista y diplomático argentino Carlos María Ocantos (1860-1949). Ocantos, que le sería presentado a Rubén en 1899 en casa de doña Emilia Pardo Bazán, ya había publicado *León Zaldívar* (1888) y *Quilito* (1891) y en 1897 sería elegido correspondiente de la Real Academia Española a propuesta del propio Valera, Galdós y Pereda. Por cierto que fue precisamente Pereda quien ocupó el sillón *k*, que dejó vacante al fallecer el 1 de febrero de 1896 José Castro y Serrano, y no Canalejas, según aventuraba Valera en la misma carta que comentamos. Canalejas, por quien no parecía tener nuestro novelista demasiada simpatía²⁸, no fue académico hasta 1904.

El diplomático colombiano “que compone lindísimos y atildados versos” pudiera ser Emilio Restrepo, que fuera delegado colombiano en el IV Centenario, a quien sin duda conoció Rubén, aunque me inclino a creer que se trata del autor de *Ecos perdidos* (1893), Antonio Gómez Restrepo (1869-1947), que fue encargado de Negocios del gobierno de Colombia en España y correspondiente de la Real Academia Española. A él se referirá también el 22 de febrero de 1896, cuando invita a don Marcelino a su tertulia: “Mañana a la noche, de diez en

²⁸ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 562.

adelante, vendrán a esta casa, casi de seguro, el conde de las Navas, Restrepo, Ferrari y algún otro”²⁹.

También informa a Palma de estas reuniones, aunque nombra a menos asistentes y también con menor detalle, salvo en las líneas que dedica a los hispanoamericanos. Cita de nuevo a Ocantos y en este caso al escritor y diplomático mejicano Francisco A. de Icaza (1863-1925).

Lo que no dice a Rubén ni a Palma es que en esas fechas las tertulias no se celebran los sábados, sino los domingos, aunque no por mucho tiempo³⁰. En su epistolario se registran abundantes datos sobre los asistentes y sus peculiaridades.

Ya ciego lo encuentra Rubén en 1899. Tres años antes le decía en su carta de febrero que “entre sus achaques se encuentra ahora la casi pérdida de vista” y un año y pico después, en diciembre del 97, Ricardo Palma lee: “me he quedado casi ciego”. Duda de operarse en vista de que “hay alguna esperanza de curarme”, pero prefiere aplazar la decisión. Desde 1894 la pérdida de su vista es progresiva. Pero los testimonios son numerosos sobre todo a partir de 1896³¹.

MANUEL CAMARERO

²⁹ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 523.

³⁰ Ver la carta a José Alcalá Galiano de 7 de marzo de 1897 en **DeCoster, Cyrus**. *Correspondencia de don Juan Valera*, p. 241-242, y las de 18 de enero del mismo año (“Los domingos siguen viniendo algunas cuantas personas a hacerme tertulia”) y de 9 de diciembre de 1900 a Menéndez Pelayo, en *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 531 y 560; en esta última se lee: “Los sábados por la noche siguen viniendo a esta casa, de tertulia, algunos amigos míos, que lo son también de usted y muy sus admiradores”.

³¹ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 492, 511, 517, 531, 532, 548, 549 y 598; **Domínguez Bordona, Jesús**. *Centenario del autor de Pepita Jiménez: Cartas inéditas de Valera // Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo III* (1926) 450-452; **Esquer Torres, Ramón**. *Para un epistolario Valera-Tamayo y Baus // Boletín de la Real Academia Española XXXIX* (1959) 158-159. **DeCoster, Cyrus**. *Correspondencia de don Juan Valera*, p. 683-684; ver p. 242 y 290-291; **Galera, Juan**. *Juan Valera, político*, ver p. 683-684; ver **Penedo, Manuel**. *Epistolario inédito de don Juan Valera a don José María*

APÉNDICE

CARTAS A RICARDO PALMA³²

1.- 28 octubre 1892

Mi distinguido amigo: La importuna enfermedad que padezco no consintió el otro día que recibiese yo a Ud. cuando Ud. tuvo la bondad de venir a verme. Ahora, por dicha, me siento muy alivado, aunque harto débil aún, y tengo mucho gusto en recibir a los amigos, en cuyo número me lisonjeo de contar a Ud.

La hora en que yo puedo recibir, a pesar de esta penosa convalecencia, es de cinco a siete de la tarde.

Mucho agradeceré a Ud. que, cuando nada mejor tenga que hacer, ejerza en favor mío la obra de misericordia de visitar a los enfermos, la cual le será por mi agradecidísima. Dé Ud. cariñosas expresiones a sus hijos y créame siempre su afmo. amigo y S.S., q.b.s.m.

JUAN VALERA

2.- 17 diciembre 1897

Mi amable e ilustre amigo: Con grandísimo contento he recibido el ejemplar que me dedica de su interesante libro *Recuerdos de España*, donde con tanta indulgencia y generosidad trata Ud. y encomia a sus hermanos de por acá y singularmente a mi humilde persona. Por ello le doy las gracias más encarecidas.

Los dos ejemplares que vinieron bajo la misma cubierta del destinado a mí están ya en poder de los señores marqués de Valmar y don Narciso Campillo, a quienes venían destinados.

Desde que Ud. abandonó ésta tierra y se volvió a su patria, ha llovido sobre mi gran número de calamidades.

Carpio // Estudios, III (1947) 423; **Llorente Falcó, Teodoro**. *Un breve epistolario de Juan Valera : Cartas al poeta Teodoro Llorente*, // *La Estafeta Literaria* (Madrid), 7: (15 junio 1944), 21. Ver **Bravo-Villasante, Carmen**. *Vida de Juan Valera*, p. 275, 282 y 287.

³² **Palma, Ricardo**. *Epistolario*, II. Lima : Cultura Antártica, 1949, p. 237-239.

Estoy muy mal de salud, tan abatido y tan débil que apenas salgo de casa, y por último me he quedado casi ciego. Dicen que son cataratas y que hay alguna esperanza de curarme, pero yo no me he atrevido aún a entregar mis ojos al oculista, para que los pinche y los arregle. Acaso me atreva en la primavera próxima a dejarme hacer la operación. Entre tanto veo *poquísimo* y no puedo leer ni escribir. Siempre me leen, y en vez de escribir, dicto.

La misma vida retirada y sedentaria que hago en el día me mueve, aunque sólo sea para pasatiempo, a escribir, o mejor dicho a dictar, más que de costumbre.

Como muestra de esta mi fecundidad casi forzosa, me complazco en remitir a Ud. por el correo y en paquete certificado un ejemplar de mis dos últimas novelitas, tituladas *Juanita la Larga* y *Genio y Figura*. Ignoro si dichas novelitas habrán llegado por ahí. Si por ahí no han llegado, tendrán al menos para Ud. y para sus amigos que quieran leerlas el atractivo de lo nuevo.

Mis tertulias literarias de los sábados continúan aún como de costumbre, a pesar de mis males. No faltan en ella Campiello, el conde de las Navas, Menéndez Pelayo, Emilio Ferrari y varios otros. Los que vienen poco al presente son los hispanoamericanos, aunque siempre hay algunos en Madrid muy aficionados a las letras y muy favorecidos de las musas, como el Sr. Icaza, encargado de Negocios de Méjico, y el Sr. Ocantos, Secretario de la Legación Argentina.

En nuestra Academia seguimos trabajando mucho en la décima tercia edición del Diccionario, que aparecerá sin falta en el próximo año de 1898 con gran aumento de vocablos, y entre ellos, muchísimos procedentes de América.

También va muy adelante la magnífica edición de las obras completas de Lope. Gracias a la portentosa actividad de don Marcelino, pronto saldrá a luz el tomo VIII. Todos los tomos van precedidos de extensos prólogos tan eruditos como amenos. Reitero a Ud. las más encarecidas expresiones de mi gratitud por lo bien que me trata en su *Recuerdos de España*. Y deseando que sus hijos de Ud. estén buenos y enviando para ellos cariñosas memorias, soy de Ud. afectísimo y buen amigo y compañero, q.l.b.m.

JUAN VALERA

CARTA A MÁXIMO SOTO HALL³³

Viena, 3 diciembre 1893

Muy estimado señor mío: El ejemplar de *Dijes y Bronces* que ha tenido Ud. la bondad de enviarme ha debido de dar muchos rodeos por esos mundos, pues hasta antes de ayer no llegó a mis manos.

La carta de Ud. se adelantó, pero yo aguardaba para contestar a que viniese el libro, por el cual doy a Ud. encarecidas gracias.

Le he leído todo con gusto. Los cuentecitos son muy ingeniosos. Sólo siento (porque debo hablar con franqueza) que nada nos diga Ud. de su tierra y que casi todo sea de París o como sentido y escrito por un parisiense, aunque en lengua castellana.

Hallo justo y bien hablado cuanto dice Ud. en alabanza de doña Emilia Pardo Bazán, Campoamor, Echegaray, N. de Arce, Castelar y Rueda. Así es que yo, porque Ud. hace justicia a mis amigos, y *propter elegantiam sermonis*, como diría un censor eclesiástico, perdono a Ud. no pocas herejías que, a mi ver, hay en sus dogmas críticos y que se manifiestan en la aplicación que hace Ud. de ellos a sus particulares fallos y sentencias. A Quintana, por ejemplo, le trata Ud. muy mal y mira Ud. casi con desprecio el *Don Alvaro*. Pero en fin repito que, por más que yo sea de muy distinto parecer, como tengo la manga ancha, echo a Ud. la absolución.

De lo que no lo absuelvo es del conato criminal de querer introducir a doña Emilia en la Academia Española. ¿Qué le ha hecho a Ud. la pobre Academia y qué le ha hecho la misma doña Emilia, que se pondría un tanto cuanto en solfa si se academicara? No comprendo ese prurito de academicar mujeres en un hombre como Ud., en cuyos escritos veo tan bien comprendida y sentida la misión de la mujer en nuestro planeta. Pero ¿qué digo en nuestro planeta? En todo el Universo y, aún si cabe más allá, en lo trascendental y ultramundano, ha de haber una Madre Eterna con muy diferente papel del que el padre Eterno hace. En suma, yo no acierto a explicarme en breves palabras, pero me repugna academicar a una mujer

³³ *Carta inédita de don Juan Valera // Electra* (Guatemala), I, 1 : (abril 1908) 7.

como si fuera crimen de *leso eterno femenino*. A la mujer que a Ud. le guste, hágala Reina, Emperatriz, Papisa, Diosa, y yo le aplaudo: pero académica... *vade retro*.

Doña Emilia se enojó bastante contra mí porque yo no quiero académicas; pero no tiene razón, porque, si no las quiero, es por el concepto elevadísimo que de la mujer tengo y porque aspiro a que la mujer en la marcha progresiva de la humanidad desempeñe empleos tan altos o más altos que el hombre; pero no los mismos. Para esto no valía la pena de que hubiese diferencia de sexo. Esta diferencia sería sólo material, superficial y grosera: salvo en el acto de la generación la mujer y el hombre serían idénticos, lo cual implica cierto abominable hermafroditismo metafísico que me horroriza.

Por lo demás, yo celebro mucho ver y reconocer en Ud. un escritor discreto y rico de fantasía, que promete aún muchísimo más por ser tan joven.

Téngame Ud. por su amigo afmo. y s.s., q.b.s.m.,

JUAN VALERA

CARTAS A RUBÉN DARÍO³⁴

1.-

Madrid, 9 febrero 1896

Mi excelente y querido amigo: Con mucho contento recibí ayer su carta y las buenas noticias de su salud y de sus andanzas.

Muchísimo celebraría yo que Ud. lograra un empleo que le facilitase el venir de nuevo a Madrid o a París y el vivir entre nosotros. Para las letras sería esto de no corto provecho,

³⁴ *De Valera a Rubén Darío. Una carta tan íntima como interesante. // La Nación*. Buenos Aires (jueves 12 de marzo de 1896) 3. De aquí la copiaron la *Revista Azul* (Méjico), V (1896), 140-141, y *El Fígaro* (La Habana), XII (1896) 331. La reproduce **Torres // La dramática vida de Rubén Darío**, p. 393-394, y **Pedro Luis Barcia** cita el párrafo que va desde "claro está que yo prefiriría" hasta "el que no sabe decir en francés ni buenos días" en su ed. de *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*, I, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1968, p. 42. He tomado el texto de la *Revista Azul*. No he podido ver el número de *La Nación* ni el de *El Fígaro*.

porque aquí donde siempre hay algún movimiento literario, se sentiría Ud. más animado y estimulado para escribir y publicar libros. Claro está que yo preferiría que viniese Ud. a vivir a Madrid, no sólo por lo que me complacería yo en verlo con frecuencia o de diario, como también porque en los elementos o ingredientes, aunque parezca cosa de botica, que constituyen la personalidad literaria de Ud., tal vez falta un poco más de “españolismo”, el cual prestaría mayor originalidad y más brillo y realce a lo que Ud. ha tomado, asimilándosele³⁵ bien y convirtiéndolo en su propia sustancia, de la novísima literatura francesa. En este punto carece Ud. de competidor entre nosotros. No sé por qué ninguno de los que escriben penetra aquí dicha novísima literatura, y sin embargo, no dejan desmañadamente de remedarla³⁶, incurriendo en más galicismos el que no sabe decir en francés ni buenos días.

Yo he dado un grandísimo bajón desde que no nos vemos. La vejez me va pesando mucho y³⁷ entre sus achaques se cuenta ahora la casi pérdida de vista, por donde necesito escribir valiéndome de amanuense. Esto no impide que, mal o bien, siga yo escribiendo bastante, ya cartas a los amigos, ya cosas de diverso género para el público. Sólo de cuentos y novelas he escrito recientemente “El Hechicero”, “La buena fama” y *Juanita la Larga*, que no sé si habrán aportado a esas playas remotas. Ahora escribo, si bien con lentitud y grandes interrupciones, otra novela que ha de titularse *Elisa la Malagueña* y que probablemente tendrá dos tomos.

El tiempo que he estado en Viena me distraje mucho con la diplomacia y apenas escribí sino despachos. Ahora es cuando vuelvo a ser hombre de letras, harto averiado ya. También han vuelto a reanudarse semanalmente mis antiguas tertulias literarias, pero más modestas y con menos concurrencia de gente que como Ud. las conoció. Vienen a ellas Narciso Campillo, último representante de algún valor de la antigua escuela sevillana; el conde las Navas, bibliotecario de la preciosa biblioteca de Palacio y que escribe bien de cosas eruditas y con elegancia e ingenio novelitas³⁸ y cuentos; Emilio Ferrari, poeta de Valladolid, a mi ver, el más lozano, discreto y castizo de cuantos hoy tenemos; Manuel del Palacio, que no cesa de soltar chispas; el laborioso y

³⁵ Barcia lee “asimilándolo”.

³⁶ En Torres, “remendarla”, sin duda por errata.

³⁷ Esta conjunción y no aparece en Torres; hay una coma en su lugar.

³⁸ En Torres, “novelistas”, por errata.

fecundo Menéndez y Pelayo; Luis Vidart y otros. No faltan tampoco hispano-americanos en mi tertulia. Suelo tener en ella a Restrepo, secretario de Colombia, que compone lindísimos y atildados versos, y al Sr. Ocantos, secretario de la Legación de esa República, que escribe novelas, que yo no he leído aún y de las cuales no sé qué decir, sino que algunos amigos me las celebran.

Otra tertulia literaria más numerosa y animada que la mía suele tener en su casa, cada dos o tres meses, la famosa doña Emilia Pardo Bazán, que va a escribir más que el Tostado y sobre todos los asuntos y materias que puedan ocupar en espíritu humano.

Emilio Castelar no tiene tertulia, pero en cambio da almuerzos tan suculentos y copiosos que atiborra a sus convidados y de los cuales receta que él mismo será la primera víctima, muriendo de apoplejía.

Quien murió poco días ha, también acaso por comer mucho, fue mi compañero de Academia José de Castro, quien deja varios escritos ingeniosos y amenos, y en la Española, un sillón vacío. Aún no preveo quien llega a sentarse en él. Hay varios pretendientes: entre ellos D. José de Canalejas, el más brillante y fácil de nuestros hombres políticos y jóvenes oradores.

La guerra de Cuba nos tiene de mal humor y hartó atribulados, porque nos cuesta mucho dinero y no pocos hombres, que mueren más del vómito que de las balas.

De los cuatrocientos años que hace que poseemos a Cuba, sólo durante quince o veinte a lo más nos ha producido algo aquella perla de las Antillas. En los restantes trescientos ochenta y tantos años, no nos ha producido más que desazones y el aborrecimiento de los criollos, porque suponen que nuestros padres, y no los de ellos³⁹ y en provecho de ellos, mataron al Sr. Hautel y a otros indios que por allí había y de los cuales no dejaron ni rastro. Por lo demás, yo sospecho que la verdadera causa de la guerra, ya que los cubanos están favorecidos y pagan menos contribución que nosotros, es que uno sí y otro no sueña con ser Presidente de la República y comérsela de un bocado, como Guzmán Blanco y Marco Aurelio Soto, pongo por caso.

De todos modos, es muy triste que la negra honrilla nos obligue a defender y sostener aquello por armas y no pod-

³⁹ En Torres falta una línea: "supone que nuestros padres, y no los de ellos y".

mos decir “ahí queda ése”, imitando al cura de Gabia, que en vez de predicar se desahogó en el púlpito y se fue luego.

Adiós. Escribame Ud. de cuando en cuando y hábleme de lo que escriba y publique en verso y prosa. Hágame Ud. el favor de dar a D. Calixto Oyuela mil cariñosas expresiones mías. Y mande a su afectísimo y buen amigo, que aplaude y celebra cuanto Ud. escribe y Q.L.B.L.M.,

JUAN VALERA

2.-

Madrid, 9 diciembre 1896⁴⁰

Mi querido amigo: Días antes a que la carta de Ud. a que contesto, llegó el ejemplar del libro titulado *Los raros*. Mil gracias por el presente.

El libro está lindamente impreso. En cuanto a su contenido, hay mucho que decir, ya que se entiende que empezando por la afirmación de que en todo cuanto Ud. escribe lucen el notable talento del escritor y su viva y poderosa fantasía. Por lo demás, yo no puedo menos de confesar a Ud. que hay dos puntos en que discrepamos por completo. Soy yo grande admirador de la literatura francesa, pero disto infinito de la idolatría galómana que en Ud. noto. Y todavía me aparta más del modo de sentir y de pensar de Ud. en la afición a los raros. La rareza es de celebrar y de lamentar a la vez, si por rareza se entiende la calidad de no ser común. Raro⁴¹ es el entendimiento, raro es el ingenio, rara es la santidad, como son raros el oro y los diamantes porque abundan menos que el carbón, el cobre o el plomo. En este sentido celebro yo todo lo raro lamentando que sea raro. Rara es, por ejemplo, una mujer muy hermosa, pero yo, no por rara sino por hermosa la celebro, sin dejar de sentir que a cada paso no tropiece uno con otras tan hermosas como ella y no pueda exclamar con el Ariosto:

⁴⁰ De Juan Valera a Rubén Darío. *Interesante carta*. // *La Nación* (Buenos Aires), lunes 22 febrero 1897, 3; reeditada por **Barcia, Ramón**. *Escritos dispersos de Rubén Darío*, p. 43-44, de donde la reproduzco, y por **Torres, Edelberto**. *La dramática vida de Rubén Darío*, p. 395.

⁴¹ Torres, “pero”, sin duda por error.

*Ben furo avventurosi i cavallieri
ch'erano a quella età, ne chei valloni,
ne le scure spelonche e boschi fieri,
tane di serpi, d'orsi e di leoni,
trovavan quel che nei palazzi altieri
a pena or trovar puon giudici buoni,
donne, che ne la lor piú fresca etade
sien degne d'aver titol di beltade*⁴².

Pero si por raro se entiende lo extravagante, lo monstruoso, lo disparatado, o lo enfermizo, francamente lo raro me repugna. Y mi repugnancia crece, y mi gana de celebrar mengua cuando veo que la rareza no es natural, sino rebuscada y que es una pose para llamar la atención, porque entonces lo pierde todo, hasta la misma rareza, ya que no es muy difícil aturdir, emboar y hasta admirar al vulgo haciendo o diciendo extravagancias.

Como quiera que ello sea, algo he escrito yo para el público acerca de su libro de Ud. Lo que he escrito va en una carta dirigida al *Correo de España*, periódico que se publica en esa ciudad y donde podrá Ud. leerlo. Aquí sólo añadiré que yo sigo creyendo lo mismo que creía cuando leí *Azul...* y cuando he leído después *Las primeras notas*, y más cuando le oí recitar a Ud. los versos que en España compuso: es, a saber, que Ud. es raro en el buen sentido, o sea que en todas las naciones hispano-parlantes hay en el día poquísimas personas que poseen las prendas de poeta que Ud. posee. Sólo sentiré que llegue Ud. a marchitarlas o afeirlas por el prurito de buscar la otra rareza de que he hablado.

Y sin más por hoy, soy siempre de Ud. affmo. y su amigo.

JUAN VALERA

3.- [Membrete del Senado/Particular]⁴³

Domingo 12

Mi ilustre y querido amigo: Mucho sentí anoche y mucho sintieron los pocos tertulianos que tengo los sábados que un

⁴² En Torres falta la estroga de Ariosto.

⁴³ **Ghiraldo, Alberto.** *El archivo de Rubén Darío.* Santiago de Chile : Bolívar, s.a. (1950).

imprevisto inconveniente se opusiera a que tuviéramos el gusto de ver a Vd. en esta su casa. De esperar es que al fin pueda Vd. venir el sábado próximo, como yo lo deseo.

Entretanto remito a Vd. el libro que me pide y siy siempre su afectísimo y s.s, q.l.b.l.m.,

JUAN VALERA